

Quiero dar las gracias a los organizadores de este acto por invitarme para recordar a mi maestro y el de muchos de nosotros, en este espacio, la Universidad de Barcelona, en la que Sergio vivió parte de su juventud, estudió, aprendió mucho, y encontró sobre todo tantos y tan buenos amigos. Por lo que sé, después de acabar la carrera, Sergio impartió clases en esta casa, como «profesor auxiliar», durante los cursos 1958 a 1960, antes de hacer las maletas para vivir en Durham durante dos cursos más, como «lector de castellano y catalán». Presentó su tesis doctoral, bajo la dirección de José Manuel Blecua, también en esta casa en 1963, y continuó su periplo en otras prestigiosas universidades de ámbito anglosajón, Sheffield y Brown, hasta que en 1970 inició su carrera docente en la recién inaugurada Universitat Autònoma de Barcelona.

Por lo que contaba de su estancia en esas universidades, creo que Sergio hubiera suscrito la frase con la que Jorge Guillén resumió su vida en el exilio de 1938 como profesor en el Middleburg College de Estados Unidos: «Tenía pan, y libertad y muchos libros. Podía dedicarme a lo mío, que es enseñar literatura». Y podría añadir que lo pasó muy bien, francamente bien. Además de aprender mucha literatura, se inició en el método de elaboración de cerveza y volvió a Barcelona sabiendo apreciar el sabor de una buena pinta.

Pero este Sergio Beser, como el Sergio alumno de Martí de Riquer, el que formó parte del Seminario Boscán, el que trabajó durante dos años en la editorial Montaner y Simó junto a Joaquim Molas y a Joan Oliver, o el que se fue un día del mes de mayo de 1958 con sus compañeros de la Bompiani a celebrar la «Jornada de Reconciliación Nacional» a Les Planes a tomar unas cervezas, y se hicieron famosos porque, según Radio España Independiente, habían sido los protagonistas de una huelga general en la Montaner y Simón; este Sergio es mi Sergio de leyenda, que conocí muchos años después gracias a la tradición oral y a las larguísimas sobremesas en las que contaba las correrías de sus años de juventud.

El Sergio que yo conocí fue primero el admirado y también temido profesor Beser, del que sabíamos antes de matricularnos que era la persona que sabía más literatura del siglo XIX de todo el mundo; que había que leer mucha bibliografía para poder aprobar, porque era muy duro; y lo peor, que sus exámenes eran ¡orales! Después comprobamos que, efectivamente, nada de eso formaba parte de una leyenda urbana; todo era cierto, pero se ocultaba lo mejor: es verdad que Sergio es la persona que sabía

más literatura del siglo XIX, pero Sergio no era una enciclopedia. Era capaz de transmitir la misma pasión que sentía por la literatura a sus alumnos. Conseguía que al finalizar la clase unos cuantos fuésemos a la biblioteca a buscar aquella novela de la que había contado sólo el principio y de la que teníamos que saber cuanto antes el final. Y lo hacía infundiendo a la vez un enorme rigor en lo que explicaba, un profundo respeto por la palabra escrita. Es verdad que para aprobar sus cursos había que leer mucha bibliografía, pero gracias a eso aprendíamos el oficio. Y también es cierto que sus exámenes eran orales, a veces tenías la suerte de que dejaba que entrásemos en parejas; pero ese mal trago de enfrentarte a solas con el Dr. Beser se compensaba porque al final del examen te regalaba un caramelo de la Regenta, del que guardábamos el envoltorio con una litografía de la catedral de Oviedo, para nosotros Vetusta, durante años.

Luego descubrimos que Sergio no sabía sólo mucha literatura del siglo XIX; sabía mucha literatura a secas. En la Autónoma impartió durante años la asignatura de Teoría de la Literatura, y nos enseñó a apreciar las lecciones de René Wellek, porque se preocupó de que sus principales estudios se tradujeran y publicaran. También tuvo a su cargo los cursos de Literatura Hispanoamericana y en alguna ocasión de Literatura Española del Siglo de Oro. Dicen que sus clases sobre *La Celestina* eran estupendas. También le tuvimos como profesor de literatura española del siglo XVIII. ¡Cuánto disfrutaba recitando a su poeta preferido de ese siglo, Cienfuegos. Todavía le veo declamando con las cejas arqueadas y levantando su brazo aquello de

Yo lo juré: mi incorruptible acento
vengará la virtud, que lagrimosa
en infame baldón yace indigente.

de «En alabanza de un carpintero llamado Alfonso». Y todos estos cursos los daba con el mismo rigor y la misma profesionalidad, puesto que se preparaba las clases a conciencia. Incluso en los últimos años como profesor se encerraba las tardes de los lunes y miércoles, daba clases los martes y jueves, porque tenía que preparar sus clases, tenía que releer *La Regenta*. Y el asunto se complicaba más si se trataba de los cursos de doctorado: sobre el poema narrativo del siglo XIX, sobre la narrativa fantástica decimonónica, sobre los escritores de la Restauración ante el fin de siglo... Me perdí los que dedicó a los *Episodios Nacionales* de Galdós, de los que cuentan maravillas. Aunque no se me olvidarán tampoco sus clases sobre *Fortunata y Jacinta*.

Al mismo tiempo descubríamos su obra, que no es escasa como puede parecer, y nos encontrábamos con el historiador de la literatura, con el lector inteligente, curioso, incisivo y perspicaz, y a mí me gusta también decir que al Sergio con capacidad para la novelización, provocador de novelas.

Sergio perteneció a una generación en la que la sensación reinante era que en lo concerniente a los estudios de literatura del siglo XIX estaba *casi* todo por hacer, que sentía una constante insatisfacción ante las historias literarias escritas hasta entonces. De ahí sus continuas reflexiones sobre el papel de la crítica y de la historia literaria. Suerte que enseguida encontró a sus tres maestros en estas lides, según decía: «Rubió, Riquer y Montesinos».

Y todo esto está en su obra. Desde sus primeros artículos publicados en *Archivum* en los que rescataba cartas y documentos sobre Clarín, mientras preparaba su tesis doctoral, o recogía en índice las principales colaboraciones de Alas en la prensa barcelonesa, junto a Laureano Bonet, se aprecia esa labor ingrata y sacrificada de la investigación que se dedica al rescate de textos, a la búsqueda de pequeños detalles textuales o al conocimiento bibliográfico. Sergio descubrió y recuperó para todos nosotros «Del naturalismo» y «Del estilo en la novela» de Clarín, «posiblemente –y le cito– los dos trabajos de teoría narrativa de mayor altura crítica escritos en nuestro siglo XIX». O del fragmento de *Sinfonía de dos novelas* que presentó en las páginas de *Ínsula* en octubre de 1960. (Volvería sobre este texto veinte años después, con una nueva interpretación a la luz de nuevos documentos.)

Antes de publicar en Gredos una de sus contribuciones capitales, *Leopoldo Alas, crítico literario* (1968), ya había dado a la imprenta otro texto imprescindible sobre Leopoldo Alas y la novela de la Restauración. Todos sabemos que *Leopoldo Alas, crítico literario* es mucho más que una monografía sobre esa faceta de Leopoldo Alas. Se parece ese estudio al de Albert Dérozier, *Manuel José Quintana y el nacimiento del liberalismo en España*, o el *Espronceda* de Robert Marrast, que sobrepasan la figura del escritor, para ser estudios de conjunto de una época. Hay además una consciente voluntad de actualizar nuestra historia literaria, de esclarecer los periodos más confusos. Eso explica, por ejemplo, las páginas que en ese libro dedica al establecimiento de la «generación de la Restauración». En ese mismo año verían las páginas de la revista *Destino* un breve artículo, pero imprescindible teniendo en cuenta el año de publicación, sobre «*La desheredada* de Pérez Galdós y su significación», y publicaría un importante estudio sobre un cuento olvidado de Clarín, «Kant, perro viejo» en el que insiste en un

asunto primordial para entender el pensamiento de Leopoldo Alas, y cito a Sergio: «su tendencia a situar dentro de una perspectiva de ridiculización cosas e ideas que para él son muy serias e importantes» y que se reflejan «en la destrucción o derrota a que conduce a sus personajes más queridos».

Sergio siguió dedicado a Leopoldo Alas como intelectual y crítico literario, y tras estudiar el papel que la revolución del 68 desempeñó en sus artículos, reunió los mejores textos críticos sobre Clarín en *Leopoldo Alas. Teoría y crítica de la novela española* de 1972, que ha sido hasta no hace mucho el libro de cabecera de los estudiosos del nuestro siglo XIX, no sólo porque hacía accesibles los mejores textos del crítico asturiano, sino también por la lucidez de los comentarios previos de su compilador. Muchos años después, en 1998, sería llamado para escribir las páginas sobre esta labor de Clarín en la *Historia de la literatura española. Siglo XIX (II)*, que coordinó Leonardo Romero para Espasa Calpe; y ya en 2001, a propósito del centenario del autor, dedicaba un breve artículo en la prensa periódica a recordar el papel de Clarín como escritor satírico.

Fundamental es también su papel, junto con otros estudiosos, como recuperador de *La Regenta*. Por eso, además de su libro *Clarín y «La Regenta»* de 1982, que contiene una introducción que sobrepasa sin duda los límites de las introducciones y en la que encontraremos las bases para una certera aproximación al naturalismo de la novela, creo que también deben destacarse sus artículos en la prensa diaria publicados en 1984 y 1985 en los que llamaba la atención sobre la recuperación de la novela, además del precioso estudio sobre «Espacio y objetos en *La Regenta*» en el Simposio celebrado en esta casa con motivo del centenario de la novela; y sobre todo la introducción para la edición de *La Regenta* y «El diablo en Semana Santa» preparada por José Luis Gómez para la editorial Planeta en 1989.

Todo ello es contribución más que suficiente a la nueva historia de nuestra literatura. Pero es preciso señalar que Sergio llegó a Clarín gracias a una de sus mejores cualidades: la de lector rebelde. De los exabruptos del padre Blanco García y de Menéndez Pelayo, entre otros, salía, por insubordinación y por pura curiosidad, el deseo de leer, el afán de conocer aquellos textos denigrados por el pensamiento reaccionario. Gracias a eso consiguió leer por primera vez los cuentos de *El señor y lo demás, son cuentos* en un volumen comprado en Els Encants y *La Regenta* en el ejemplar del Ateneu Barcelonès, por mediación de su amigo Feliu Formosa. Gracias a Menéndez Pelayo llegó al abate Marchena («que era Marchena pero no abate», decía siempre) y de Blanco White. Gracias al padre Blanco buscó las prosas de Ros de Olano o de

Fernández Bremón. Y sin querer, ¡si levantaran la cabeza!, el padre Blanco y Menéndez Pelayo, entre otros, consiguieron, por mediación de Sergio, que ciertos textos empezaran a formar parte, la parte que efectivamente merecían, en las historias de la literatura. Y de esta manera nos descubrió la otra narrativa del XIX, aquella que se alejaba de una concepción realista del arte que era la única que se encontraba en las historias literarias. Sergio se propuso rescatar del olvido estas otras obras, y gracias a él conocimos la novela de Braulio Foz, que editó en 1973, y a la que muy pocos se habían acercado, animó al estudio de Antonio Ros de Olano, sobre el que había escrito unas poquitas páginas Baquero Goyanes; nos explicaba los cuentos de Vicente Barrantes o de José Fernández Bremón. Y de forma concisa y escueta escribía en la misma introducción a Pedro Saputo una breve historia literaria de esa otra narrativa no realista:

Se trata de un grupo heterogéneo de escritos, dentro del cual cabe colocar desde las «leyendas» de Bécquer –salvadas del olvido y la incompreensión por haber ido a ellas la crítica a partir de las *Rimas*– a relatos de Miguel de los Santos Álvarez, Ros de Olano, Vicente Barrantes, cuentos e historietas de Alarcón, o alguna novela del propio Galdós como *La sombra* o *Celín*. A este grupo habría que referir el concepto de novela defendido por Valera y alguna de sus obras, la injustamente olvidada *Morsamor*, por ejemplo, podría considerarse como representativa de tal línea narrativa. *La conquista del reino Maya* de Ganivet podría significar la entrada de esa corriente en la literatura del siglo XX. En un primer acercamiento a estos escritos podemos establecer ya dos rasgos descriptivos: la importancia que poseen entre los relatos cortos o cuentos, a lo largo de todo el siglo XIX, y la heterogeneidad que presentan las obras que situamos dentro de ella, ya que la única razón para su agrupación reside en no amoldarse a los principios del relato realista.

Perdonarán que me haya excedido quizá en la extensión de la cita. Ahora todos sabemos bastante sobre esta literatura, pero Sergio escribió esto en 1973, cuando casi nadie conocía la obra de algunos de estos escritores, y mucho menos era capaz de mostrar el hilo conductor de ese discurso literario. Unos años después, en 1996, haría lo mismo en el prólogo a la edición de los textos autobiográficos de Gertrudis Gómez de Avellaneda y Antonio Ros de Olano, veintitantas líneas en las que llama la atención sobre la necesidad de estudiar nuestra literatura memorialística y enumera los textos básicos sobre los que debería sustentarse ese estudio.

Y gracias a esa maravillosa facultad de leer los textos con ojos nuevos, tan pronto nos descubría la doble lectura, fantástica y referencial de un cuento de Eugenio de Ochoa, «Hilda», como las posibilidades de un breve relato de José Estremera, «Montecristo», en su última publicación, de 2008.

Sergio no se dedicó solamente a la literatura española del siglo XIX. Después de cincuenta años, su artículo sobre la estructura de *La voluntad*, que publicó en el *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* y que reeditó Darío Villanueva en su volumen sobre *La novela lírica*, sigue siendo un estudio de referencia; o su librito sobre *El árbol de la ciencia*; o la aproximación a las novelas breves de José López Pinillos. También, como hombre de su tiempo, dedicó algunos artículos a narradores contemporáneos como Daniel Sueiro o Rafael Sánchez Ferlosio.

En varias ocasiones escribió que gracias al Dr. Rubió, a Martí de Riquer y a Quim Molas reconoció la literatura catalana como literatura suya. Ellos le animaron a estudiarla. Gracias sobre todo a Quim Molas estudió «desde una voluntariosa ingenuidad marxista», y son palabras de Sergio, la obra poética de Joan Salvat-Papasseit, en un artículo que se publicaría en un volumen preparado desde 1958 y que retuvo la censura hasta 1961. Sergio acaba su artículo reproduciendo un verso del poeta catalán: «Mil sagetes al vent clamant llibertat». Más tarde, convencido de la necesidad de partir de un análisis metódico y orgánico de las relaciones entre la literatura catalana y la castellana, se aproximó a Aribau, y estudió en varias ocasiones la obra de Narcís Oller en relación con la novela de la Restauración. Incluso encontró una fuente catalana, el «Escòlium» de Maragall, para la *Niebla* de Unamuno, y estudió la obra catalana de Sebastià Juan Arbó y la poesía de Pere Quart.

En todos estos estudios, y algunos más que me dejó para no alargar mi intervención, parte Sergio Beser del análisis crítico e histórico literario. Vienen como anillo al dedo para definir su aproximación a los textos aquellas reflexiones que dedicó él mismo a su maestro en la distancia, José Fernández Montesinos, cuando se refería a la «constante actualización de la visión de nuestro pasado literario», debido a «la profundización en el estudio, la aplicación de nuevos métodos críticos, y el cambio de perspectiva, provocado por la evolución del gusto literario o por los distintos condicionamientos ideológicos».

Así trabajaba Sergio y esa es una parte de su legado. Sólo un sabio como él podía escribir el siguiente pasaje, conciso y justo, que compendia medio siglo: «Alarcón, en su obra y en su comportamiento público, es una figura representativa de esa sociedad española de la segunda mitad del reinado de Isabel II, tanto en su radicalismo democrático como en su “conversión” y posterior conservadurismo».

Antes de acabar quisiera, no obstante, mostrar unas pinceladas de eso que llamé antes el Sergio Beser provocador de novelas y que nos acerca un poco al maestro

entregado a su trabajo. Es el Sergio Beser capaz de cambiar el título de la *Autobiografía* de Gertrudis Gómez de Avellaneda por el novelesco *Tula y sus hombres*. De entre esas manifestaciones prefiero, sin duda, las páginas que escribió sobre Pedro Antonio de Alarcón para la edición en *Crítica* de *El sombrero de tres picos* y *El capitán Veneno*, en las que su fascinación por la figura del autor de *El escándalo* le llevan a escribir cosas como:

Generación va, generación viene, sólo la tierra, Alarcón y sus principios permanecían.

O

Alarcón miró lo que ocurría bajo el sol de España, descubrió que todo era vanidad y aflicción de espíritu y se encerró en la soledad de Valdemoro.

O el siguiente, y el último, en el que se contagia del Alarcón de 1883:

Alarcón lanza su terrible profecía: «Yo me moriré; pero ellos se quedan en un páramo donde no habrá agua ni hierba moral a la vuelta de una docena de años». La realidad se le había convertido en la mujer de Babilonia sentada sobre la bestia roja de las siete cabezas y los diez cuernos, y a él, Jeremías en su retiro de Valdemoro, sólo le cabía anunciar el juicio final o esperar un diluvio universal.

Este es el Sergio Beser que conocí, el que conocimos muchos de sus alumnos y cuya memoria tenemos el deber de hacer perdurable. Me consta que muchos de nosotros intentamos ser fieles a su legado, partiendo de la convicción de que no seremos sabios como él. Afortunadamente, Sergio nos lo puso muy fácil. Antes de morir dejó listo un volumen con muchos de sus escritos no publicados en libro, que verá la luz antes de que acabe la primavera.

Montserrat Amores

Universitat de Barcelona, 11 de marzo de 2010